

FRANCISCO ORTEGA

# LOGIA

El enigma de *La cuarta carabela*

 Planeta

**Lima, Perú**  
**24 octubre 1842**

1

«Entierra el cuchillo y vacíale los ojos», pronunció la mujer, acompañando cada palabra con una sonrisa que se torcía cínica hacia el resplandor mortecino de los tres faroles de aceite que oscilaban del techo de la toldilla, donde las vigas de madera ya se pudrían por efecto de la humedad y la sal. «No es difícil», prosiguió, «el huacho está muerto y el puñal bien afilado, solo debes hacerlo antes de que los gusanos vengan por él».

El mozo revisó la figura tallada en la empuñadura de la hoja y tragó una bocanada de aire para no revelar el temor que el lugar, la situación y su anfitriona le producían. El viejo le había enseñado varios trucos para espantar el miedo: mover los dedos de los pies, apretar la mano izquierda o concentrarse en alguna parte del cuerpo alejada de la cabeza. Ninguno de ellos le funcionó.

«Pon los ojos de un cerdo en lugar de los suyos», continuó la señora. «Esta mañana ordené al patrón que comprara un animal grande y joven en el puerto. Mandé a que lo faenaran y guardaran los ojos en una bolsa de cuero de vaca, así se conservan frescos». Hizo un alto y agregó: «Y no me mires de esa manera, hermoso, recuerda que solo estamos cumpliendo con la voluntad de tu señor. Ojo por ojo, los de un bastardo por los de un puerco».

Magallanes, así llamaban al muchacho, continuó revisando los detalles artísticos del puñal. Y mientras las palabras de la dama se repetían en su cabeza, fue recordando cada uno de los eventos sucedidos a lo largo del día, los mismos que lo habían obligado a viajar del centro de Lima a los muelles del puerto del Callao, bajo una lluvia que se hizo torrencial, para cumplir con la última voluntad de un anciano pelirrojo llamado Bernardo O'Higgins que hacía rato ya estaba al otro lado del camino.

## Londres, Reino Unido

### Tres meses atrás

2

Mientras caía desde el séptimo piso del hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow, el escritor más exitoso del mundo, entendía que no era cierto aquello de que en los últimos segundos toda la vida se pasaba frente a los ojos. El tiempo era tan corto que a lo más alcanzaba para un par de horas. Y las últimas de Bane Barrow estaban entre las mejores de toda su existencia.

Enumeró: primero, la fiesta que Schuster House había organizado para festejar los ciento diez millones de ejemplares vendidos de *La esposa sagrada*, su más reciente novela. Segundo, el hecho de que su propia editora y mejor amiga, Olivia van der Waals, se hubiese encargado de la organización, detalle no menor y gracias al cual había venido literalmente todo el planeta, con todo lo bueno y malo que ello podía acarrear, incluida una muy aburrida conversación con Salman Rushdie. Tercero, la cita perfecta que se suponía iba a tener después de los festejos.

Supuso: mientras caía desde el séptimo piso del hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow, el escritor más exitoso del mundo, olvidaba la fiesta y se concentraba en lo que había ocurrido al final de las candilejas, exactamente cincuenta y cinco minutos antes de su inevitable muerte.

Recordó: a las 23.05 habían llamado a la puerta de la suite 704 del hotel. Bane Barrow estaba recostado sobre las sábanas y esperó a que repitieran el golpeteo un par de veces antes de levantarse a abrir. En el trayecto se acomodó la bata y verificó que la botella de *Cristal* estuviera bien fría dentro de la cubeta con hielo. Aprovechó de bajar un poco la intensidad de la luz, acomodarse hacia atrás su cada vez más escaso

cabello y respirar profundo. Aún se sentía nervioso, como si fuera su primera vez.

La luz de un helicóptero de la policía metropolitana londinense se coló por los ventanales y cortinas, estirando sombras en cada esquina y rincón de la habitación. Bane apretó con su transpirada mano derecha la manilla de la puerta y abrió.

—¡Te tardaste!

Fueron las primeras dos de las últimas tres palabras de su vida.

El golpe lo empujó con fuerza dentro de la habitación, haciéndolo resbalar contra la mesa de centro. Hielo, una cubeta de acero inoxidable y una botella de champaña se vinieron contra su cabeza, abriéndole una herida encima de la ceja izquierda. La sangre le nubló la vista en un rojo húmedo. Intentó levantarse, pero un puntapié en la entrepierna volvió a tirarlo al suelo. Sintió que algo duro y fuerte le golpeaba la espalda. El dolor y la sorpresa le impidieron darse vuelta, pero estaba seguro de que lo que caía sobre sus hombros y cadera era algo parecido a un palo de golf. Sentía cómo su interior se estremecía ante cada impacto, que la carne se le rajaba por dentro y que coágulos de sangre se le juntaban en la garganta cortándole el habla.

Apretó los dientes e intentó reptar hasta uno de los veladores buscando el teléfono. Conocía el número de emergencias, así que solo necesitaba alcanzar el aparato; pero sabía, podía adivinar, que no lo iba a lograr. Con los ojos mojados contempló las piernas de su atacante, paradas firmes tras él, acechando para el próximo ataque.

Un nuevo golpe contra la espalda lo tumbó sobre la alfombra. Dos y tres más lo molieron por dentro. Un agudo dolor le paralizó un costado, algún órgano dentro suyo, alguna víscera se había roto. Tuvo ganas de vomitar pero le resultó imposible. Bane Barrow giró con el cuerpo reventado y cruzó su brazo derecho sobre la cara.

—¡Basta!... —Sollozó atragantado con su propia sangre.

El atacante lo cogió del pelo y le levantó con fuerza su cabeza hasta poner su cara a centímetros de la suya.

–Hágase la voluntad del Señor a través de su Hermano Anciano –le dijo, golpeando de inmediato la frente del escritor contra el borde de una de las mesas de noche.

Bane Barrow trató de modular palabra, de volver a pedir piedad, pero no hubo sonido, solo un vómito ácido y maloliente, después un nuevo impacto contra la cara y todo se fue a negro.

Cuando el autor de *La esposa sagrada* volvió a abrir los ojos se descubrió de pie, parado en el borde de la terraza de la habitación, con el frío viento del noviembre londinense cortándole la cara. Tenía sangre por todas partes, un agudo dolor en la parte baja de la espalda que lo arrugaba cada vez que respiraba, manchas de vómito en el cuerpo, la vista nublada y la seguridad de que esos eran los últimos segundos de su vida.

Entonces vino el empujón.

La visión borrosa del gran rectángulo negro del Hyde Park frente al hotel se curvó como un remolino dentro de su cabeza.

Y cayó...

Mientras caía desde el séptimo piso del hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow, el escritor más exitoso del mundo, entendía que aquella advertencia que había recibido hacía pocas semanas estaba lejos de ser la broma ligera de un fanático. Tal vez en realidad no había que escribir sobre «cierta gente y sus asuntos», por más dinero que esa «cierta gente y sus asuntos» pudieran reportar. Cerró los ojos y trató de estirar los dedos; eso que habían marcado en su espalda le ardía mucho, pero ya no tenía importancia, en menos de un segundo su cuerpo obeso, de noventa y ocho kilos de peso, se estrellaría contra el techo de un sedán Daimler que tuvo la mala suerte de salir del parking del hotel a esa misma hora.

## Shanghái, China

3

–¿Entonces insiste en la tesis de que el general Augusto Pinochet aceptó liderar el golpe de Estado de 1973 por orden de una sociedad secreta?

–Insisto –contesté en automático.

–¿La Logia Lautarina?

–Los procesos políticos más importantes en la historia de Hispanoamérica han sido guiados por los hilos de este grupo. Partiendo por la independencia de nuestros países y el sueño bolivariano. No me extrañaría que su mano se hubiese extendido hasta nuestros días a través de sectas al interior de la propia masonería o las fuerzas armadas. Si uno profundiza en la organización, no es difícil inferir sus manipulaciones en los golpes de Estado del siglo pasado, la Revolución cubana, la Unidad Popular de Allende e incluso la seguidilla de pronunciamientos militares de derecha e izquierda en la Venezuela neobolivariana; el «Chernóbil» brasileño, los choques fronterizos y la posible segunda guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, además del alzamiento de las minorías indígenas de Chile y Argentina. Todo obedece a un plan cuidadosamente orquestado por un grupo enigmático del cual yo no he inventado nada, salvo investigar sus acciones.

–Algunos autores sostienen que esta logia no fue más que un instrumento usado por el gobierno británico para que España perdiera su dominio en América...

–Y quedarse con el monopolio del comercio –completé-. En efecto, esa es una de las teorías más populares. Se cimenta, en una primera lectura, en la oferta *concreta* –subrayé la palabra– que acerca del tema del comercio hizo Francisco de Miranda a la corona inglesa. Y, en una

segunda, en el dato que el plan estratégico para liberar Argentina, Chile y Perú fue ideado por un general escocés: Thomas Maitland. Lo anterior, sin embargo, no se contradice con el hecho de que este grupo existió y cumplió una misión determinada en la historia de Hispanoamérica, y que es probable que aún lo siga haciendo.

–¿Y cuál habría sido la gran finalidad de esta organización?

–Existen muchas –fui evasivo, luego me expliqué–, pero si me apuras, yo adhiero a la idea de concretar el sueño de Bolívar y de Miranda: convertir Sudamérica en un gran Estado conjunto, un país-continente confederado.

–Como espejo de los Estados Unidos.

–Francisco de Miranda solía hablar de los Estados Unidos de Sudamérica y Colombo. Algo de esa idea fue concretada en la gestación de la Gran Colombia en 1821, que podría haberse extendido al resto del Cono Sur de no ser por las rencillas de Bolívar con otros caudillos de la emancipación latina, como San Martín, O’Higgins o Sucre, miembros todos de la logia; y la intervención de los intereses económicos y expansionistas de Inglaterra y Estados Unidos que promovieron la secesión hacia 1831.

El joven reportero me quedó mirando y agregó:

–Además del hecho de que Ecuador y Venezuela querían mayor autonomía, y que Perú, Chile y Argentina jamás se sintieron parte de la unión al no ser países liberados por Bolívar.

–Hiciste tu tarea –le respondí.

Sonrió. Supongo que habíamos llegado a la complicidad de entrevistador-entrevistado que buscaba desde que apareció en la pantalla de mi celular llamando con insistencia desde Santiago de Chile. Le habían encargado una exclusiva acerca de mi anunciada próxima novela y averiguar cómo me estaba yendo en Shanghái, en el rodaje de la miniserie que TNT producía de *La catedral antártica*, el libro que me hizo muy famoso y muy rico.

Lo último era lo más importante.

Es el precio de haberme convertido en el escritor latinoamericano más exitoso de la década; millonario a punta de inventar historias tan fáciles de leer como comer una hamburguesa, y en persona no grata para buena parte de la intelectualidad chilena, empezando por mi familia. Perdón, mi ex familia. Lo sé, sueno pedante, pero no porque quiera serlo (de hecho soy una excelente persona), sino porque así lo planeó el delicado manual de instrucciones redactado por Caeti Castex, mi agente en español (un catalán gay de origen francés anclado en una oficina decorada con demasiados afiches de viejas películas de Audrey Hepburn en el quinto piso de un desmesurado edificio en Barcelona, la más exagerada de las ciudades del planeta), y confirmado por mis editores en Nueva York y Madrid.

Desde que mi libro se convirtió en éxito internacional y decidieron adaptarlo a la televisión con el nombre de Steven Spielberg liderando a los productores, soy más noticioso que mis propias obras.

–Señor Miele –continuó el periodista chileno, sin mirarme a los ojos.

–Elías –lo corregí, acercándome a propósito a la cámara instalada tras la superficie transparente del móvil–, llámame Elías, somos compatriotas, algo de cercanía tenemos.

–Aunque hace casi diez años que no vive en Chile...

–El origen no se pierde.

–Ni haya vuelto a pisar suelo chileno.

–Eso no depende de mí.

–Fue usted quien no se presentó al juzgado.

–Todos tenemos que pagar una cuenta...

–¿Por el éxito?

–Por lo que sea.

Se quedó callado. Por la ventana del programa de mensajería lo percibí incómodo, como buscando entre sus notas la pregunta justa para continuar.



–Si prefieres tutéame –le propuse.

–Me acomoda el usted, mantiene distancia con el entrevistado.

Quise preguntarle si esta conversación era su primer trabajo, pero no lo hice.

–Hace poco, en una declaración suya a un diario de Miami, dijo que se sentía un exiliado –prosiguió.

–Lo soy, en cierto modo.

–Esas palabras no cayeron muy bien por acá.

–¿En serio? Nunca lo hubiese imaginado –hice un gesto de sorpresa como sacado de un mal guión–, pero es verdad, no solo existen los exiliados políticos...

Un mensaje pendiente apareció en la bandeja de entrada. El remitente era la oficina de Caeti y el asunto, una respuesta al correo que le había enviado hace dos días: «Primer capítulo». Lo abrí y mientras respondía como muerto en vida las siguientes preguntas del colega chileno, seguí las escuetas líneas del catalán que administraba y le daba valor a mi nombre y apellido. «Deberías dejar de hablar de un libro del que no tienes ni cincuenta páginas escritas, y del cual, yo, como tu agente, aún tengo dudas. Revisé lo que me mandaste. ¿Perú? ¿Por qué coño ha de comenzar en Perú? A nadie le interesa Perú, ni a los peruanos, hasta Vargas Llosa dejó de escribir sobre Perú hace como un milenio» y luego en mayúsculas: «ACERCA DEL TÍTULO, TENEMOS UN TEMA CON LO DE LA CUARTA CARABELA. Besos».

¿Un tema? ¿Qué clase de tema? Creo que jamás en mi carrera se me había ocurrido un mejor título que *La cuarta carabela*.

–¿Conoció a Bane Barrow? –continuó el muchacho, y aunque Caeti me había dejado flotando entre las lunas de Júpiter con lo de «ACERCA DEL TÍTULO», bajé rápido para contestarle.

–Estuvimos juntos un par de veces en Los Ángeles, compartíamos el mismo agente de derechos cinematográficos –escupí en automático.

–A usted lo llaman el Bane Barrow chileno.

–Latinoamericano –corregí–, pero, en fin, Javier Salvo-Otazo es el Bane Barrow español, también hay uno en Francia y como dos en Alemania. El mundo está lleno de Bane Barrows...

–¿No eran amigos?

–No, pero la relación era buena. Era un sujeto agradable, además le gustó mucho *La catedral antártica*. De hecho, fue él quien impulsó que el libro fuera comprado por Dreamworks para Turner-TNT cuando escribió en *Entertainment Weekly* que era la novela más entretenida del año.

¿Qué mierda pasa con *La cuarta carabela*? Es un título estupendo.

–Entonces es cierta esa historia.

–Nunca he dicho que no lo fuera. Tengo claro que en gran medida gracias a la generosidad de Bane Barrow –y a su frase en la contraportada, cosa que no dije– mi novela se convirtió en éxito de ventas. Se lo agradecí en esa oportunidad y se lo sigo agradeciendo, siempre lo voy a hacer.

–¿Lamentó su muerte?

–Mucho, es una gran pérdida para sus lectores y para la industria editorial.

–¿Y qué cree, suicidio o asesinato?

–¿Por qué alguien querría matarlo?

–Abundan las teorías, ex amantes despechados... hay muchos rumores en torno a su persona, es bastante público el escándalo con su primer editor...

–Puede ser, pero yo en realidad no he pensado mucho en los motivos de su muerte. Prefiero lamentarlo, como la tremenda pérdida que fue.

–Sin embargo, usted declaró en una reciente entrevista que le parecía extraño que un hombre con un ego tan grande optara por suicidarse.

–Y me lo parece. Eso, sin embargo, no quiere decir que crea que lo asesinaron.

–¿Entonces?

–Y yo qué sé –levanté los hombros–, la vida y la muerte tienen más vueltas que una oreja. –Me detuve–. Disculpa, ¿en qué entrevista dije lo del ego de Barrow?

–Al *Miami Herald*, lo contactaron al día siguiente de la muerte de Bane...

Era cierto.

*La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela...* Hijo de puta Caeti, sabes que no soporto que me hagas esto.

–Recién hablábamos de lo de TNT. Muchos lectores chilenos se preguntan por qué rodar en Shanghái, incluso hay debates en internet al respecto. *La catedral antártica* transcurre en Sudamérica y en la Antártica, ¿tiene la miniserie alguna variación respecto de la trama original?

–Cambios menores, los guionistas fueron bastante respetuosos con mi material, incluso me permitieron corregir la versión final.

–¿Por qué Shanghái?

–Shanghái no aparecerá en la película, ni siquiera China, los lectores pueden estar tranquilos.

–¿Entonces?

–Logística. Dreamworks tiene estudios acá, la mano de obra es más barata y además los chinos no ponen problemas cuando tienes dinero y necesitas arrendar un submarino nuclear de fabricación rusa.

–¿El barco de Omen?

–El barco de Omen –repetí, subrayando el nombre del villano de mi historia.

*¿La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela?*

–¿Y Chile?

–El sur de nuestro país y la Antártica serán recreados en Terranova y mediante posproducción digital. Hay que entender –continué– que la serie es producida por norteamericanos. Es de ellos, no mía.

–Volviendo a su nuevo libro. ¿Repetirá Colin Campbell como héroe?

–Me cae bien y tiene éxito con las mujeres.

*¿La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela?*

–Usted ha declarado que más que una obra de ficción, la novela será un trabajo documental disfrazado de ficción.

–¿Dónde declaré eso? –le dije solo para incomodarlo, dado que mi cabeza estaba cada vez más lejos.

–En la red, lo encontré por ahí –me contestó nervioso.

–No me acuerdo, pero puede ser.

–Entonces es cierto.

–¿Qué es cierto? –pregunté en modo zombie mientras volvía a leer el mensaje de Caeti: «ACERCA DEL TÍTULO, TENEMOS UN TEMA CON LO DE LA CUARTA CARABELA...».

–Que se trata de un trabajo de no ficción presentado bajo la armadura de una novela –respondió el periodista. Me gustó eso de armadura.

–Es la línea que me interesa, la novela documental, basada en hechos desconocidos pero comprobables, que el lector descubra detalles que ignora de su historia presente y pasada. Es lo que he trabajado a lo largo de mi carrera.

–*La catedral antártica* es ficción.

–¿Seguro que solo ficción?

–¿Una réplica de la Catedral de Chartres en el Polo Sur? –me devolvió.

–Conocemos tan poco del continente antártico que es probable que no solo encontremos catedrales bajo los hielos, sino también templos mesopotámicos, zigurats, pirámides, obeliscos y torres de Babel.

–Suena bonito, pero en el mundo práctico, donde estamos parados, necesitamos pruebas.

–Soy escritor, mis lectores y yo no habitamos en un mundo práctico.

No me contestó, no supo qué más decir, tampoco había mucho más tema; además, desde hacía trece minutos yo solo tenía a Caeti Castex metido en el entrecejo. Mientras escuchaba al muchacho hablar de cualquier cosa, descubrí a través del reflejo del teléfono que uno de los asistentes de producción venía a avisarme que el helicóptero que debía aproximarme al hotel estaba pronto a despegar. Literalmente salvado

por la campana. Volví con mi joven compatriota y le indiqué que tendríamos que terminar la entrevista.

–No hay problema, creo que ya tengo lo que necesito.

«Señor Miele, lo esperan en la plataforma», insistió el de producción en un pésimo español. Le pedí dos segundos para terminar el llamado, eran las siete de la tarde y ya comenzaban a desmontar los equipos de filmación. En el set más grande, ubicado en una laguna artificial formada por un brazo del Yangtsé, cuatro poderosos focos iluminaban el casco del submarino ruso prestado por los chinos. La nave estaba bastante deteriorada, pero me aseguraron que los retoques digitales lo dejarían como nuevo. *La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela...*, volví a pensar.

La perspectiva no podía ser mejor. Tanto, que estoy seguro de que ni el más hábil de los fotógrafos habría conseguido una postal más precisa. La luna llena, colada entre las nubes, aparecía justo al centro de la apertura rectangular formada por los pisos superiores del World Financial Center, el segundo edificio más elevado de Shanghái y el quinto más alto del planeta. Pensé en apuntar con el lente del teléfono, pero soy tan malo detrás de una cámara que el esfuerzo habría sido en vano. Michiko, la piloto del equipo de producción, una japoamericana nacida en Kioto pero criada en San Diego, me desafió con que era capaz de pasar su helicóptero por el agujero de la torre, incluso me asustó dirigiendo su Agusta-Westland de rotores basculantes contra el coloso de casi quinientos metros de altura. De verdad pensé que lo iba a hacer. Ella aprovechó mis nervios para divertirse y justo antes de venirse contra el rascacielos, giró la palanca de mando y llevó la nave lejos de la torre hacia el centro de Pudong.

Antes de aterrizar en el helipuerto del hotel Shangri-La se disculpó por la broma, añadiendo que debía de haber visto mi cara; luego presionó a fondo los pedales de control, rotando a la vertical las poderosas turbinas Pratt & Whitney que impulsaban los rotores gemelos de tres aspas. Enseguida, aminorando la velocidad y desplegando los frenos aerodinámicos, Michiko llevó su nave hasta la losa de malla metálica extendida a diecisiete pisos del suelo. Sin detener los motores me preguntó a qué hora partía mi avión.

—A las cinco de la mañana.

–Vas a despegar con retraso, dos o tres horas mínimo. Mira el cielo –lo hice–; esas nubes bajas no son de tormenta, pero sí de vientos fuertes; así es febrero en Shangháí, complicado para los aviones.

Regresé a mi habitación y pasé lista a los deberes: preparar mi equipaje, responder algunos correos, revisar mensajes y confirmar la hora a la que me recogería el taxi para llevarme al aeropuerto. ¿Por qué no vine con mi asistente? Volví a enlistar. Faltaba lo más importante, esperar la llamada de Caeti, solucionar aquello de «ACERCA DEL TÍTULO, TENEMOS UN TEMA CON LO DE LA CUARTA CARABELA...».

Tiré la toalla sobre la cama y me quité la camisa. Estaba listo para entrar a la ducha cuando mi teléfono comenzó a vibrar con un mensaje entrante. «¿Puedes conectarte?, es urgente», escribía la escueta petición de Caeti Castex. Me senté a los pies de la cama y usé el teléfono como control remoto, dirigiendo la señal hacia la pantalla plana de cuarenta y dos pulgadas que colgaba de la pared móvil de la habitación. Abrí el menú del teléfono, luego digité mi número y seleccioné “llamada entrante”, esperé el replique y acepté la opción «Caeti». La imagen de mi agente en español apareció proyectada con un poco de distorsión al inicio, pero luego, a medida que los datos eran filtrados por el satélite, fue tomando nitidez.

–Te estaba esperando –le dije, mirando fijo al ojo del televisor, oculto tras la pantalla del mismo–. ¿Qué sucede?

–Ha sido una tarde complicada –me respondió desde el otro lado del planeta. Bajo la ventana del videófono, un reloj digital me indicaba que en Barcelona eran pasadas las cinco de la tarde.

–Te escucho –insistí, leyendo en el lenguaje no verbal de mi agente que su atención estaba muy lejos del dilema del título de mi nueva novela. Inferencias que permite la alta definición.

–¿Estás sentado?

–Dispara, me tienes en ascuas.

–Hace dos horas encontraron muerto a Javier.

–Javier, ¿qué Javier?

–¿A cuántos Javieres conoces, coño?, y no me digas que a miles, hay un solo Javier en el mundo, un solo Javier que importa: Javier Salvo-Otazo.

–¿Qué, dónde, cómo? –Obviedades que se devuelven cuando te dejan en blanco.

–En la bañera de su casa en Toledo.

–¡Qué mierda!

–Lo mismo dije cuando me llamaron hace treinta minutos. No sé, Juliana fue de compras a Madrid con su hija y cuando regresó, al mediodía, Javier no aparecía por ninguna parte. Pensó que había salido, entonces subió a la habitación y entró al baño. Supongo que se cayó de culo, yo me habría caído. Lo descubrió en la bañera, desnudo y metido hasta el cuello en agua caliente, las venas abiertas y ni una gota de sangre en el cuerpo.

Miré hacia la puerta del baño de la suite, la luz estaba prendida. Luego desvié la mirada hacia la toalla extendida sobre la cama y tuve claro que no iba a bañarme. De un segundo a otro me dio exactamente lo mismo embarcarme pasado a sudor y a humedad china.

–Primero Barrow, ahora Javier –pensé en voz alta. Caeti no respondió, levantó la vista y sopló hondo–. ¿Qué ha dicho la policía?

–Hasta ahora nada, todo prosigue entre paréntesis. Me ha llamado todo el mundo... En fin, ya acabaste en Shanghái, ¿verdad?

–Sí, salgo al aeropuerto en un par de horas.

–Que tengas un buen viaje, y lo digo en serio, lo único que me falta es que se caiga tu avión.

–Ni en broma. ¿Cómo está Juliana?

–No lo sé, no he hablado con ella. Mal, supongo, acaba de perder a su marido; yo en su lugar estaría en la mierda.

–Todos lo estaríamos.

Nos quedamos en silencio un instante, luego tragué saliva y disparé:



–Caeti, mira –bajé el tono de mi voz–, tengo claro que no es el mejor momento, que puede sonar inapropiado, pero es que necesito saberlo, sabes cómo soy, obsesivo compulsivo. ¿Qué es lo que no te gustó del título de mi nueva novela?

–E... eso –tartamudeó Caeti–, vaya que te equivocas, tronco. Primero, nunca dije que no me gustara el título, de hecho me gusta mucho. –Se detuvo–. Y segundo, aunque no lo creas, lo del título de tu libro tiene mucho que ver con lo que acaba de suceder...

Supongo que le contesté con mi mejor cara de pregunta porque él me respondió con otra:

–Eres listo, chileno, ¿a que no adivinas cuál era el nombre de la novela que escribía Javier?

Lo miré; él levantó su ceja izquierda.

–¿*La cuarta carabela*? –respondí, subrayando cada una de las tres palabras con tono de pregunta.

–Joder, por algo dicen que Dios es guionista. ¿No lo habías hablado con él?

–No –con suerte logré articular el monosílabo, a esas alturas ya estaba en ruido blanco. Era verdad, aparte de Caeti y de mí, solo una persona en el planeta sabía lo del título, y en Frank, mi asistente, confío más que en mi propia madre.

–Mira –siguió mi agente–, sé que acordamos encontrarnos en Los Ángeles hacia el fin de la semana para ver lo de los derechos, pero la muerte de Javier cambió radicalmente los planes. Soy, bueno... era –aclaró– su voz pública, creo que voy a estar muy ocupado en los próximos días, mañana me marcho a Madrid, por lo mínimo voy a estar dos semanas allí; solo espero que...

–Descuida, entiendo, y gracias por llamar.

–No faltaba más.

–¡Aguarda! –lo detuve–, puede ser una tontera, pero ¿leíste algo de la novela de Javier, sabes de qué se trataba?

–No, pero supongo que al igual que la tuya, del misterio de la carabela perdida de Cristóbal Colón. Tú lo conocías, tenía sus mañas y cábalas; ni a Juliana le adelantaba sus trabajos...

–Lo sé... en fin, que estés bien.

–Y que tú tengas un buen regreso a casa. –El catalán gesticuló una sonrisa cínica y luego cortó el llamado.

«Caeti aparece como desconectado», me informó la agenda del celular, mientras otros tres contactos pedían enlace conmigo; ninguno me importaba demasiado. Salí de la ventana e ingresé en el buscador. «Javier Salvo-Otazo», escribí en la barra de texto.

«Encuentran muerto al escritor español más exitoso de la década», rezaba la primera noticia que apareció en la vertical. El resto, una reproducción casi exacta de lo que me había contado Caeti. «El autor de *Los reyes satánicos* fue encontrado esta tarde muerto al interior de su residencia toledana. El hallazgo lo hizo su mujer, la escritora argentina Juliana de Pascuali. Salvo-Otazo, de cuarenta y siete años, que en menos de un mes iba a ser festejado por los sesenta millones de ejemplares vendidos de su novela más reciente, se habría quitado la vida, aparentemente afectado por una depresión». Esa era la teoría que aparecía en la nota y que se repetía en las otras quince que se adelantaban a la biografía de Javier en Wikipedia. ¿Depresión? No podía ser, lo conocía bien, podría decir que éramos amigos, que había un vínculo real entre nosotros y, al igual que con Bane Barrow, me resultaba imposible creer que se tratara de un suicidio. Los hombres con egos tan tremendos no toman esa clase de decisiones, y menos Javier, que era un hombre de familia y que se desvivía por Juliana y su niña. Y además cortándose las venas... Todo el mundo sabía que Salvo-Otazo era más bien reticente a las luces, que evitaba las entrevistas y las apariciones en prensa. Su bajo perfil lo hizo rehusar la continua oferta de mudarse a Los Ángeles, lo que le valió más de una discusión con su también exitosa mujer, optando por continuar en su España natal (en una casa más grande, claro). De matarse, estoy seguro, habría escogido una alternativa menos vistosa, más subterránea, lejos de libreto de mala teleserie.

Fui a la bandeja de entrada y busqué el último correo que me había enviado Javier. Estaba fechado tres meses atrás, exactamente un día después de la muerte de Bane Barrow. Pulsé mi dedo contra la pantalla del teléfono y lo desplegué a todo lo ancho del televisor. Me saludaba con esa amabilidad tan propia suya y luego me preguntaba si iba a ir al funeral de Barrow, que le daba pereza acudir solo. Luego se reía y comentaba que nos habían despejado el camino. Terminaba su correo contándome que estaba metido en «una nueva historia que estoy seguro te va a encantar», que cada día le llegaba más información, lo que lo tenía tremendamente angustiado, pero también motivado, trabajando prácticamente de sol a sol.

Nunca le respondí.

Él tampoco volvió a escribirme.

Dejé abierta la ventana del correo y me quedé allí, pegado en el nombre de Javier Salvo-Otazo que flotaba sobre el asunto del mensaje, esperando a que corriera la hora y llegara el taxi para llevarme al aeropuerto. Antes de cerrar volví al motor de búsquedas y escribí «la cuarta carabela». Ni un solo enlace. Luego especifiqué «la cuarta carabela de Colón»; el resultado era bastante más auspicioso ahora, pero, claro, no había una sola referencia a Javier Salvo-Otazo, mucho menos a Elías Miele.

